LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 24 DE ENERO DE 1887 — NUM. 265

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE BERLÍN

ASTARTÉ, cuadro de Gabriel Max

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—El alcalde de monterilla*, por don Cecilio Navarro. – *Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.—*Las lunas de Marte*, por don E. Benot.

GRABADOS.—*Astarté*, cuadro de Gabriel Max. – *La oración de la tarde*, cuadro de F. Roubaud.—*¡Abandonada!* cuadro de Carlos Rickelt. – *La Navidad en el Cairo*, dibujo de J. Seymour. – *París pintoresco*, dibujo de G. García.—*Deseo vehemente*, cuadro de F. Vinea.—*Genio sepulcral*, estatua de Hans Peter. – *Grata mañana*, cuadro de A. Braith.—*La procesión del Corpus*, cuadro de Francisco P. Michetti.—*Suplemento artístico: Panorama de la Exposición Universal que ha de celebrarse en París en 1889.*

NUESTROS GRABADOS

ASTARTÉ, cuadro de Gabriel Max

El asunto, ó mejor dicho, la figura de este lienzo está inspirada por el *Manfredo* de lord Byron. Ha sido expuesto en la última Exposición artística de Berlín y su autor, ilustre representante de la escuela de Munich, ha obtenido un triunfo completo, hasta el punto de que un concienzudo crítico ha dicho de esta obra que basta por sí sola para destruir la preocupación de que el genio moderno no produce cosa alguna verdaderamente nueva ni esencialmente clásica.

Max ha leído y releído á Byron; ha hecho más, ha penetrado en su pensamiento, ha sentido como él á la desdichada amante de Manfredo, desterrada en castigo de su criminal amor. Su Astarté es la verdadera imagen de la mujer concebida por el gran poeta inglés; algo como una aparición fantástica, etérea, que toma forma humana á la proximidad de su amado; en cuyos labios, como dice Byron, asoma una sonrisa y cuyos ojos abrillantan tiernas lágrimas. Lleva las manos al corazón; quisiera arrojarse al cuello de Manfredo; pero toda manifestación de amor la está vedada y por esto es tan grande su tormento.

El profesor de Munich ha dado una prueba indiscutible de su mérito.

LA ORACIÓN DE LA TARDE, cuadro de F. Roubaud

La oración es uno de los mandamientos de la doctrina mahometana. Todo buen creyente debe orar cinco veces al día. La trompeta del muezín anuncia la hora de las oraciones desde lo alto de la mezquita; mas el mahometano no prescinde de sus deberes religiosos aun cuando deje de llegar á sus oídos la advertencia de las trompetas. Si la hora de la oración le sorprende fuera de la localidad en que habita, ora trepe á la cima de las montañas, ora atraviese el solitario bosque, ora cruce el arenoso desierto; se apea de caballo, descalza sus pies, humilla su cabeza, é invoca al Señor según previene el rito. Poco le importa que el cumplimiento de este deber no tenga testigos; en el Corán está escrito que el soplo del Todopoderoso se extiende también por el desierto y que el ojo del Señor está en todas partes.

Esta piadosa práctica ha reproducido Roubaud en un cuadro que da de ella una idea muy exacta. El sitio es imponente: ni la mirada del hombre penetra hasta él, ni á él llega el rumor del mundo; el musulmán, sin embargo, eleva sus preces á Alá, en actitud perfectamente recogida y mística. Es un lienzo sin rebuscados efectos; la impresión que causa nace de la fuerza de su ejecución; el sentimiento dominante es comunicativo. No puede proponerse más un artista, ni tampoco obtener mayor resultado.

¡ABANDONADA!.. cuadro de Carlos Rickelt

Este asunto ha sido tratado por varios artistas, á pesar de que no carece de dificultades. Para ejecutarlo con éxito es preciso que el autor esté muy seguro de condensar todo un drama en una sola figura. La imagen de la mujer abandonada por su amante, quizás después de vilmente seducida, ha de excitar la imaginación de todo poeta, y el pintor es un poeta que dibuja, como el poeta es un pintor que escribe. Rickelt no ha retrocedido ante lo difícil del propósito; todo lo contrario, parece como que haya aumentado deliberadamente esas dificultades, encerrando una tragedia de amor dentro de un cuadro esencialmente rústico y prosaico.

El problema, pues, queda reducido á la más ó menos feliz expresión de la figura dominante, y la trazada por Rickelt satisface completamente las exigencias de la crítica. Esa mujer es víctima de una pena aguda, profunda, pero esencialmente oculta. Es un dolor el suyo que no da derecho á proferir ayes, un tormento que no puede desahogarse, una preocupación de todas las horas, de todos los instantes, que se agrava con el recuerdo del pasado, la soledad del presente y el negro horizonte del porvenir. Por esto su mirada es vaga, por esto su actitud es la de la desesperación, por esto su pensamiento se encuentra tan lejos del mundo que éste se abriría bajo sus plantas sin que fuese bastante la inminencia de una catástrofe para arrancarla del estado que por completo la domina. ¡Pobre mujer abandonada!... ¡Unicamente el artista la comprende; únicamente Rickelt la compadece!...

LA NAVIDAD EN EL CAIRO

Este grabado, dibujo de J. Seymour, representa un vendedor de volátiles en la Pascua de Navidad, tipo de nueva creación, sin duda, y que sólo existe desde que los ingleses se hallan en Egipto, puesto que en el Cairo no se conocía la fiesta tan ruidosamente celebrada en diversos países de Europa. Estos vendedores suelen recorrer los cuarteles y distinguense por su característica indolencia, propia de los hijos de Oriente.

DESEO VEHEMENTE, cuadro de F. Vinea

Antojo sería el verdadero título de este cuadro en nuestro idioma, pues sin duda su autor, artista italiano de mucho talento, ha querido representar esos deseos inexplicables, ridículos algunas veces, que asaltan á las mujeres con extraña vehemencia cuando Dios las eleva al sublime estado de la maternidad. También el autor del lienzo debe ser antojadizo, pues va de tres veces que ha pintado el mismo tipo: la última ha sido el cuadro que reproducimos, expuesto con éxito en Berlín.

GENIO SEPULCRAL, estatua de Hans Peter

La escultura funeraria se ha prestado en todos tiempos á grandes manifestaciones del arte. La que hoy reproducimos no tiene quizás las formas místicas é ideales de que nos complacemos en revestir á los ángeles del cristianismo; quizás tenga algún resabio del genio ó capidillo mitológico. Pero es indudable que por su correcto dibujo, sus elegantes formas y hasta por el bello pensamiento que determina su actitud, es digna de su reputado autor.

GRATA MAÑANA, cuadro de Anton Braith

Todo, en este lienzo, es realmente grato, apacible; todo respira calma, tranquilidad; hasta los mismos animales parecen salir alegremente del establo, respirar con fruición el aura matutina y gozar de su libertad como niños á quienes el profesor concede un asueto. Es un buen estudio del natural ejecutado con admirable espontaneidad.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS, cuadro de Francisco P. Michetti

Francisco Pablo Michetti es uno de los notables pintores italianos contemporáneos, émulo de Morelli y gran imitador de nuestro malogrado Fortuny. Nacido en Chieti, ciudad situada en medio de los Abruzzos, ha dedicado varios de sus trabajos á reproducir los pintorescos tipos y escenas de aquel país, y la obra que representa nuestro grabado le ha valido particular renombre, por lo mismo que, como Morelli, rompe en ella con toda tradición rutinaria y se ostenta con la vigorosa originalidad de su genio, que, á no dudarlo, le colocará un día entre los primeros pintores de su país.

SUPLEMENTO ARTISTICO

PANORAMA DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL que ha de celebrarse en París en 1889

Por cuarta vez la nación francesa da cita al mundo entero cabe las orillas del Sena. Se aproxima el centenario de la famosa Revolución que marca una de las etapas de la humanidad, y para celebrarlo se invita al arte y á la industria universal á que luchen en pacífico palenque allí mismo donde lucharon violentamente y chocaron las ideas de la edad caduca y de la edad moderna. El acontecimiento conmemorado es grande, sin duda alguna; y sin entrar á discutir si todos los gobiernos y aun todos los pueblos lo recuerdan con igual entusiasmo, es incuestionable que una Exposición es la forma más colosal y simpática de recordarlo á la generación presente.

¡Cien años trascurridos!... ¡Qué de acontecimientos en un siglo!... La Revolución trajo el Imperio; el Imperio, que había paseado en triunfo las águilas francesas por toda Europa, atrajo á su vez sobre París á los ejércitos aliados de sus enemigos. ¡Cuántos odios, cuántas catástrofes, cuánta sangre en ese tiempo!... Al cabo de un siglo ¡qué de trasformaciones en los hombres y en las cosas!... Desgraciadamente no se ha extinguido aún el estruendo de las armas, desgraciadamente aun se inventan corazas que resistan á los cañones y cañones que destruyan esas corazas; desgraciadamente aun existen conquistas que afirmar y desquites que enardecen la sangre de los pueblos...

Pero en medio de tantos temores, es eminentemente consolador que una gran nación, la más designada para intentar una guerra de desquite, convoque á todas sus hermanas al gran certamen de las artes y la industria, que únicamente florecen á la sombra de la paz. Para albergar dignamente al mundo entero dispone Francia soberbio palacio, dominado por esa gran torre destinada á eclipsar las orgullosas pretensiones de los hijos de Babel. ¡Ojalá en lo más alto de esa torre florezca la simbólica rama de olivo y al pie de ella se estrechen lealmente las manos los que hoy se contemplan con desvío y hasta con odio! ¡Qué triunfo, entonces, para la Exposición Universal de 1889!

EL ALCALDE DE MONTERILLA

(De mis CARICATURAS, *libro inédito)*

I

No hace mucho tiempo vivía en la capital de Aragón un señor de muchas campanillas, pues sobre los respetos de su noble alcurnia, los de sus cincuenta años y los de su estatura, si no gallarda, gigantesca, tenía el riñón muy bien cubierto y era otrosí letrado; aunque en esto de letras pudiéramos quitarle algunas sin cometer cosa de despojo, como quiera que no tuvo nunca estudio abierto, quién diz que por falta de título, quién por sobra de trigo.

Sea de esto lo que quiera, ello es que el letrado, una vez en coloquio, ó sea en pleito, porque todo lo hacía cuestión jurídica, tenía siempre á mano para probar sus tesis una partida ó dos, cuando no eran tres ó cuatro, ó todas las siete echando el resto. Con este hablar á guisa de Alonso el Sabio, por sabio pasaba en el concepto ajeno y aun por sapientísimo en el propio.

Vivía más que holgadamente solo y señero en su casa del Coso de Zaragoza, y dueño y pacífico poseedor de una hacienda de saneados rendimientos, sita en no lejano término de un pueblo de la ribera, adonde iba á su agosto anualmente; sino que apenas se dignaba tratar al párroco y al doctor, mirando por debajo del hombro á la demás gente lega, no ya sólo por su grande estatura, sino también y sobre todo por su descomunal jurisprudencia.

Había al servicio del párroco un pobre mozo, al cual hubo de enseñar su merced en sus ratos de ocio, si no letras humanas, de que estaba falto, ni divinas, de que no estaba muy sobrado, todo lo que en finiquito sabía, lo cual no era ya poco: mucha gramática parda, mucho Alfonso de Ligorio, pardo también, y algunos cánones del mismo color.

No quedó en este punto la carrera del zagal, pues habiendo entrado en suerte para el reemplazo del ejército y sacado bola negra, bien que él mismo la sacara por su mano, con fe y esperanza de sacarla blanca, tuvo que dejar el servicio de cura, por el servicio del rey (que era reina á la sazón), aprendiendo en tan rígida escuela, si no la teoría, la práctica, el ejercicio, digámoslo así, del derecho.

Terminada su campaña, volvió á su pueblo natal, donde no quiso ya servir á nadie, si no es á su novia, que fué luego la madre de sus hijos, y á la agricultura, que le dió honra y provecho, sudando sobre cuatro terrones que le dejara al morir el bueno del párroco.

Ni estudió más; pero conservó siempre su gramática, su moral *ejusdem furfuris* y su práctica de andar derecho, que vale á veces todo un código.

Con esto, se halló luego en aptitud de figurar en el pueblo, y figuró con tal ventaja, que sin aspirar al poder él por su parte, fué nombrado como á la fuerza alcalde constitucional, ó sea regente de la real jurisdicción, ó si queréis, presidente del consejo de ministros de su pueblo, mal que pesara al letrado, que había presentido en él un rival no despreciable.

Y no sin motivo en verdad, pues siempre que iba el letrado al pueblo, luego al punto iba á visitarlo el licenciado, el cual, con serlo sólo del ejército, no sino parecía de ambos derechos.

¿Era esta puntual visita un acto de mero cumplimiento, ó anhelo de medir sus armas un licenciado con otro?

He aquí lo que no sabemos ni nos hace maldita la falta. Lo cierto es que, con elocuencia igual por una y otra parte, aunque más parda la lega que la técnica, saludarse y entrar en pleito todo venía á ser uno.

En vano alegando derecho, sacaba todas sus partidas el letrado: nunca podía sacar más de siete. El otro sacaba siempre más, no se sabe de dónde; pero ocho, diez y aun catorce tenía él siempre á disposición de su colega, dicho sea sin agravio del letrado.

No pudiendo éste ya sufrir con paciencia la demasía de un alegato, que él llamaba calumnioso, se iba al fin por los cerros de Ubeda sin parar hasta Zaragoza, y á veces sin haber acabado de encerrar la cosecha del año.

II

Al volver al pueblo un agosto, empuñaba ya la vara el licenciado, y la empuñaba como cosa propia, con fuerza y no sin garbo, habiendo sido cabo de escuadra en el ejército.

De más está decir que si el letrado hubiera puesto en juego todas sus campanillas ó respetos para derrotar al candidato, habríase visto negro el cabo segundo para ascender á alcalde primero. Por fortuna, no creyó prudente una hostilidad manifiesta y se limitó á la muda expresión de su alto desagrado.

El alcalde fué á visitarlo esta vez como las anteriores. Investido ahora de la real jurisdicción, hubiérase dicho que deseaba romper lanzas ó varas de justicia en un letrado tan empedernido y rebelde á toda avenencia, abocándolo á una cuestión de derecho ruidosa y decisiva, tanto más cuanto que en el poco tiempo que de jurisdicción llevaba había encontrado fondo de donde sacar hasta setenta partidas, que fueran menester, ó sean sesenta y tres y más que Gregorio López y el mismo rey que las engendró.

Tampoco rehusaba el letrado, enfrente de un juez lego, la contienda que se veía venir; mas con tan buenos deseos por una y otra parte, huían los dos del derecho, ó torcían á esta ó á la otra mano, cuando se encontraban, temiéndose ó respetándose mutuamente.

Y se explicaba este respeto ó temor, pues si el letrado era todo un Digesto, toda la jurisprudencia, el alcalde era toda una jurisdicción, todo un tribunal, con su toga ó capa de mangas en todo tiempo, su vara de justicia siempre y siempre con su alguacil al lado.

Pero esa calma aparente tenía su rumor interno y sordo como la calma de inminente tempestad. No era, dicho se está, no era sino una tempestad de derecho la que amagaba en el sereno cielo de la villa entre los dos licenciados, aunque el uno en Sigüenza y el otro en el castillo de Monjuich.

Lo que debía venir vino luego estallando de suyo, sin que ninguno de ellos lo trajera.

Y fué así:

Iba á la iglesia el letrado á oir su misa cuotidiana, siempre la conventual ó mayor por más solemne, cuando al pasar por la calle del Aire para caer á la plaza del Mercado, hubo de enfriársele el sudor y dió un estornudo tan pomposo, rimbombante y magistral, que espantó al perro de un hortelano, que dormía tranquilamente á la puerta de su casa. El perro saltó súbito aullando, cual si hubiera recibido un escopetazo, y atropelló al aspo del molinero, el cual (no el molinero, el asno) soltó un par de coces por todo lo alto y salió escapado atropellando á su vez al maestro barbero, quien fué á dar de bruces sobre una cesta de huevos, sin dejar de seis docenas uno sano.

Viendo con despecho la huevera tan grande y lastimosa tortilla, hizo presa en el último causante del tal desaguisado y con tal y tanto ahinco que en ambos brazos le hincó los diez mandamientos ó sean todos los dedos de sus manos.

– ¡Suelte V., mujer de Dios! – clamaba el paciente.

– No, hombre del diablo, maestro de desollar caras y de romper huevos, no soltaré ni á dos ni á cien tirones, como antes no me pague el desavío.

– Yo he sido atropellado por un asno.

– Yo por otro.

– Suelte V., buena mujer, y vaya en zaga del asno, que es aquí el único responsable.

– Aquí no hay más asno que responda, si no es el que me ha roto los huevos; y ó me los paga en buena moneda ó me los cobro yo en mala carne.

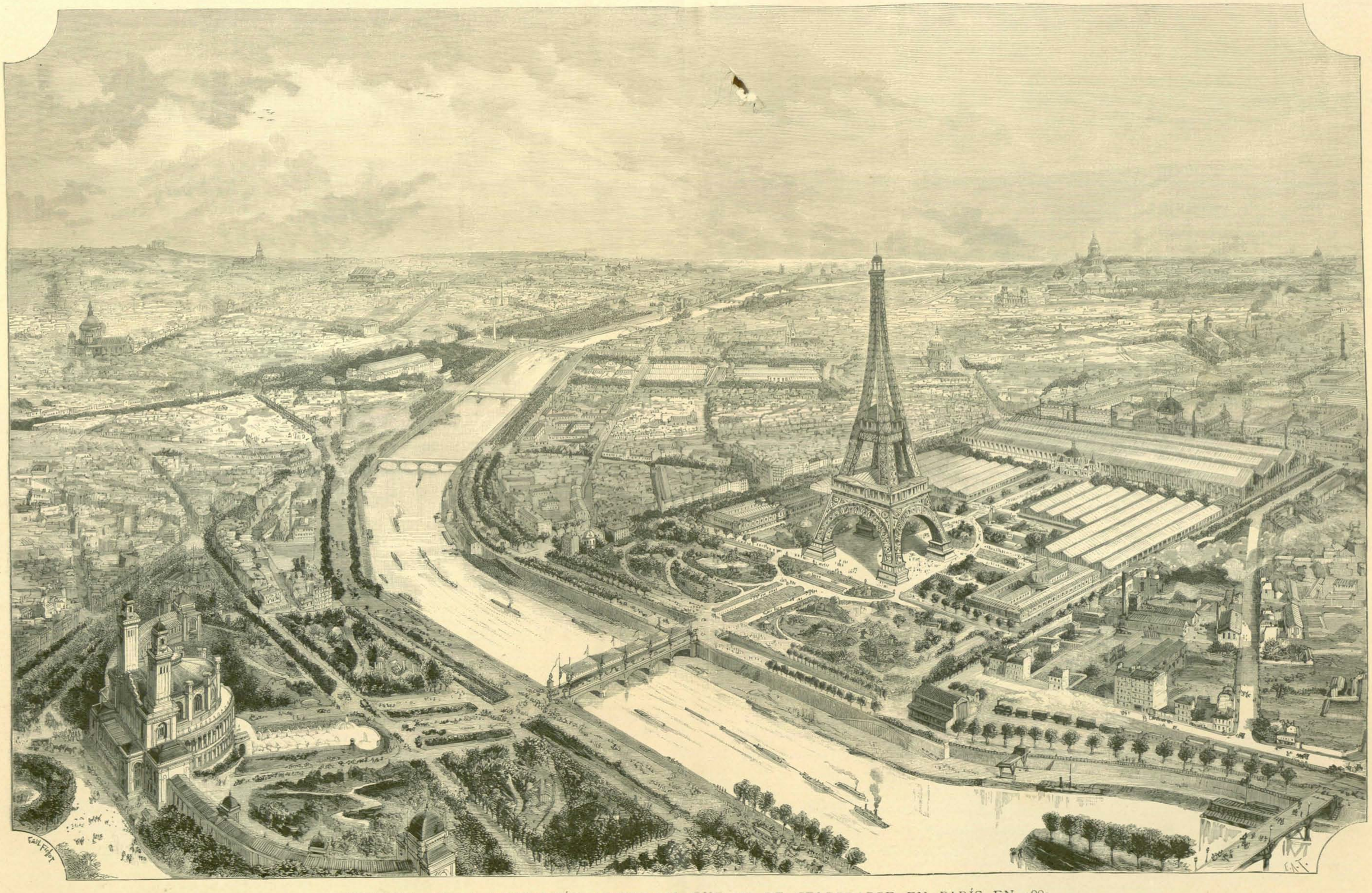
– ¡Favor al rey! – gritó entre la agrupada gente un hombre que resultó luego alguacil. – ¡Favor al rey! – repitió más de recio, aunque era reina quien reinaba, porque las fórmulas tienen su molde invariable.

El grupo abrió paso al alguacil, el cual preguntó exhibiendo su signo de autoridad:

– ¿Qué *timulto* es este?

La huevera y el barbero se explicaron á la vez y alzando á cual más el grito.

El alguacil no entendió una palabra ni media, y volvió á preguntar, entendiendo sólo entonces que el pleito era de mayor cuantía, por lo cual se inhibió de autos, reser-



PANORAMA DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL QUE HA DE CELEBRARSE EN PARÍS EN 1889

LA ORACIÓN DE LA TARDE, cuadro de F. Roubaud

vando íntegra la decisión á la superioridad, á cuya presencia condujo á los *litigantes*.

Su merced, sentado en su tribunal, que era un sillón de vaqueta ante una mesa de pino cubierta con una manta, dió por presentada la demanda, citando partes y testigos para el juicio verbal que había de celebrarse á las avemarías de aquella misma noche.

III

Y dijo la demandante en el acto del juicio que reclamaba del maestro barbero la justa indemnización de las seis docenas de huevos que le había roto, á razón de tres reales docena. A lo que contestó el demandado asaz mohino que no debía él pagar ni un huevo de los setenta y dos de la tortilla, puesto que habiendo sido atropellado por el asno, el asno era el responsable del daño.

Dióse por aludido el molinero, como dueño del cuadrúpedo, y se defendió diciendo lógicamente que la misma razón que valía para el barbero debía valer también para el asno, como quiera que á su vez había sido atropellado por el perro.

– Cierto, – dijo el hortelano, – cierto que mi perro saltó súbito aullando, como ánima que se lleva el diablo, y espantó al asno que atropelló al barbero; mas es igualmente cierto que no hubiera saltado, tranquilo como estaba á mi puerta, ni espantado ni atropellado á nadie, asno ó barbero, á no estornudar tan de recio su merced del letrado.

– ¿Qué dice á eso su merced? – preguntó el alcalde.

– En la cuestión de hecho nada tengo que rectificar, – contestó el letrado con toda solemnidad; – pero he de disertar sobre la de derecho.

Y el jurista se fué al huevo de Leda, es decir, retrocedió al Fuero-Juzgo, extractó los cincuenta libros del Digesto, recorrió las Siete Partidas, pasó por el bosque de la Nueva y Novísima Recopilación, viniendo á parar al fuero de Aragón para deducir que no habiendo premeditación en el hecho de estornudar quedo ó recio, lo único que procedía era sobreseer declarando las costas de oficio.

– Pero mis huevos no, señor letrado, – exclamó la interesada en son de queja y con resolución de cobrar á todo trance.

– También, – contestó impasible el letrado, – pues no debiendo pagarlos nadie, según derecho, claro es que debe V. perderlos.

El alcalde meneó la cabeza en negativa, mientras la pobre mujer protestaba contra un derecho que le parecía por demás tuerto.

– ¿No? – preguntó el letrado en son de reto dirigiéndose al alcalde.

– Nones, – contestó su merced en aragonés cerrado, como recogiendo el guante.

– Sepamos su doctrina jurídica.

– ¡Cuerno! Si por el hilo se ha sacado ya el ovillo.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Del barbero al asno, del asno al perro, del perro al letrado...

– ¡A mí!

– A su espantable estornudo, que es lo mismo.

– ¡Qué herejía jurídica! – exclamó el letrado con escándalo. – Pues sepa su merced, – añadió con agresiva intención, – que yo no me dejo atropellar también por asnos.

El alcalde dió un ruidoso golpe en la mesa con su vara de justicia, como para imponer silencio, y lo impuso hasta solemne, incorporándose con toda la rigidez de la ordenanza.

– Señor letrado, – dijo después de una pausa, – sírvase su merced meterse la lengua en el bolsillo, ya que la tiene tan larga.

– Quiere decir, – repuso el letrado, – que estornudaré cada y cuando lo tenga por conveniente.

– Queda prohibido en el término de mi jurisdicción estornudar de un modo tan subversivo bajo la pena de veinticinco duros de multa.

—¡Protesto!

– Queda prohibido protestar en desacato de mi autoridad bajo la pena de cincuenta duros de multa.

– Tengo derecho á...

– Queda prohibido tener derecho bajo la misma pena.

– Pero...

– No hay peros, son huevos. Y en esta cuestión de derecho tengo yo más leyes que el mismo Indigesto. Y cuenta, señor letrado, que no son de las partidas sino de las enteras.

Y esto diciendo exhibió todo su bastón de mando como una vara de medir.

El letrado no despegó ya los labios; y aprovechando el silencio siguió dictando el alcalde aquel famoso juicio de esta gallarda manera:

«Considerando, que, si bien el barbero rompió de hecho los huevos, en derecho no los rompió el barbero, ni el asno, ni el perro, ni Dios que los crió, sino que moral é inmoralmente fué el letrado quien los rompió, espantando á los cuadrúpedos con estornudos que están fuera de la ley civil y dentro de la penal, se condena al causante á pagar los huevos rotos, quedando de su propiedad toda la tortilla.»

Y sentándose ahora con cierto reposo, dejó la vara enhiesta en su mano derecha, que puso sobre la mesa como dando un puñetazo, y cerró el juicio con este otro golpe, que pudiéramos llamar de gracia:

«Lo mandó y firmará el señor alcalde constitucional, regente de la real jurisdicción en esta heroica villa, etc.»

El letrado se fué á Zaragoza por el camino de marras y diz que no volvió más al pueblo.

Pero no se fué sin pagar los huevos rotos.

CECILIO NAVARRO

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Rodeaba, pues, á Clara una aureola de dignidad. Pero á pesar de ella, el diente envidioso la había mordido cruelmente.

– ¿De dónde ha venido esa mujer? – preguntaban las envidiosas; – dicen que es mejicana.

– Y bien puede ser: huele á indio desde una legua, – decían algunos que habían visitado aquellas remotas regiones de Ultramar; – su orgullo tiene algo de salvaje, y sus ojos...

Nadie podía adivinar, ó mejor dicho, calificar lo que había en los ojos de Clara.

A veces aquellos ojos, en raros momentos de distracción, se fijaban: aparecía en ellos una expresión singular, que causaba espanto, por lo profundo, por lo penetrante de aquella mirada que parecía fijarse en un ser invisible, y comprenderle y hacerse comprender de él: en aquellos momentos Clara estaba pálida, y un ligero temblor agitaba sus labios, que dejaban por un momento de tener el puro y trasparente color de las entrañas de una rosa.

Aquello pasaba, sin embargo, y Clara proseguía su conversación, si por acaso hablaba cuando la había acometido aquella distracción repentina.

No faltó quien reparase en estas singulares abstracciones de la hermosa viuda, y viese en el fondo de aquella mirada lúcida, profunda, un vestigio, una señal, una senda, por decirlo así, á cuyo fin se suponía, se creía ver misteriosa y vaga una historia terrible.

¿Por qué aquella mirada fija, amenazadora y suplicante á un tiempo: aquella palidez en las mejillas y aquella convulsión en los labios?

Cuando se ve una cosa que no se explica por sí misma, que no puede adivinarse, un misterio, una singularidad incomprensibles, todas las hipótesis son aceptables.

La hipótesis que la maledicencia aventuró, fué que Clara era mujer de historia, y que aquella historia debía ser fuertemente dramática.

Y como toda historia tiene capítulos, y como los capítulos de la historia de una mujer vienen á ser la variación cada uno de un capítulo príncipe, por decirlo así, de un capítulo radical é invariable: el amor, se echaron los hipotesistas á poner títulos á los capítulos de la historia sospechada á Clara.

«De cómo una mujer puede jugar su corazón á pares y nones, y perderle.

»De cómo una hija puede ser el remordimiento de sus padres.

»De cómo una casada puede probar que el matrimonio no es indisoluble.

»De cómo se puede quitar de en medio un estorbo.

»De cómo una mujer puede tener pesadillas con los ojos abiertos.

»De cómo una hija puede ser el dedo de Dios para una madre.

»De cómo, etc., etc...»

Y se supusieron á Clara cuantos crímenes, cuantas impurezas, cuantas degradaciones ocultas pueden suponerse en una mujer.

Un padre abandonado por un amante.

Un hijo perdido.

Un hijo hallado.

Un esposo asesinado.

Un... qué sé yo.

¡ABANDONADA!.. cuadro de Carlos Rickelt

LA NAVIDAD EN EL CAIRO, dibujo de J. Seymour

Porque es el caso que todos los que habían reparado de mala fe en las abstracciones de Clara, habían visto en ellas remordimiento, odio, y al mismo tiempo miedo.

A nadie se le ocurrieron los títulos de dos capítulos, que tanto podían caber en la historia de una mujer como en la de un hombre, á saber:

«De cómo una mujer puede vengarse.

»De cómo la venganza pronto ó tarde se vuelve contra quien la ha consumado.»

Pero no anticipemos, no dejemos vislumbrar los sucesos.

La Clara que tenemos delante, hermosa, riente, haciendo de una manera admirable los honores de su casa, recibiendo las bromas de mujeres enmascaradas, multiplicándose, dando al uno la mano, saludando al otro, reiterando al de más allá su amistad con un leve y expresivo movimiento de cabeza, una mirada y una sonrisa afectuosa, no es la Clara de la mirada terrible y sombría, no es la india, la mujer cuyo marido no ha conocido nadie, á quien tampoco se ha conocido un solo amante: es la mujer de gran mundo que cede á las exigencias de su posición de millonaria y da un baile de máscaras en su casa, el tercer día de carnaval.

No es ni más ni menos que eso.

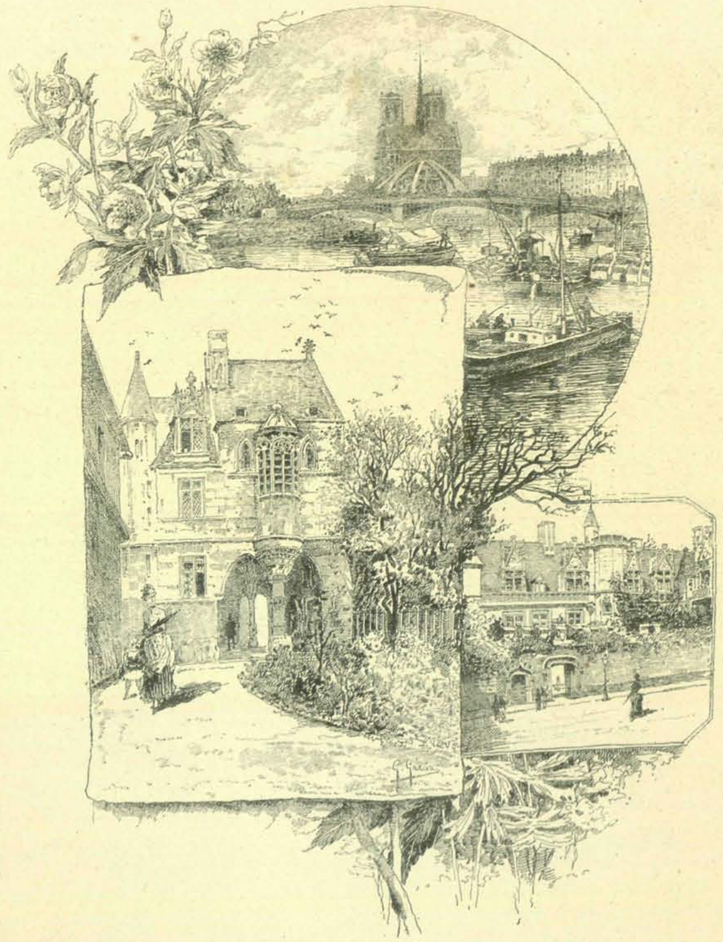
Y sin embargo, Clara, en los diez años que llevaba de residencia en Madrid, no había dado baile ni soirée de ningún género, ni había pasado de su sociedad diaria.

¿Por qué al fin daba un baile?

¿Y por qué para aquel baile había gastado sumas exorbitantes, renovando su mueblaje, su alfombrado, y llegando hasta tal punto de esplendidez y de buen gusto que sólo se notaba lo que no había estado en su mano remediar, puesto que para ello la hubiera sido necesario construir un local exprofeso, esto es, la falta de espacio?

Y sin embargo, los asiduos concurrentes de la casa notaron que se habían suprimido tabiques, que se habían prolongado salones y ensanchado gabinetes.

PARÍS PINTORESCO



1.—*Notre-Dame*, desde el puente Saint-Germain. 2.—*Hotel Cluny*, fachada interior. 3.—*Hotel Cluny*, vista exterior.

En el ambigú había sorprendido á todo el mundo la variedad y la rareza de los fiambres, de los dulces, de los vinos, de los licores, de las frutas.

¡Frutas frescas de mil variedades en el mes de febrero!

Y sobre todo, una vajilla preciosísima de plata cincelada, y cristalería de colores de lo más raro y bello que podía suponerse.

¿Cuánto había gastado la hermosa viuda para aquel baile?

¿Quién podía calcularlo á primera vista?

¿Un millón? parecía poco.

Y dado caso que se hubiese acertado en lo del millón (de reales se entiende, no de pesos, como se sobrentiende cuando se dice un millón en América), dado caso que los tasadores de todo aquel lujo hubiesen acertado, quien para una sola noche gasta un millón... le tiene de sobra, y quien tiene de sobra un millón...

Las hipótesis respecto á Clara, después de este cálculo, llegaron á lo absurdo.

Hemos presentado á Clara.

Después la daremos á conocer.

Continuemos.

IX

–¿Qué tal, Eugenio? – dijo el esqueleto suspendiendo su relación y tirando la punta de un cigarro, – ¿sé contar historias?

–¿Pero lo que me cuentas es una historia ó una novela?

– Llámala como quieras: pero bajo palabra de honor, te estoy contando mi historia.

–¿Es esa viuda tu mujer?

– Si tú te empeñas en poner detalles de tu cosecha en mi historia, será necesario que la llamemos historia-novela original de dos ingenios, á saber: de Dios en la parte histórica, y de Eugenio Arria en la parte de inventiva.

—¿Quieres á todo trance guardar el misterio?

– No; lo que quiero guardar es la lógica.

– Se me figura que tu viuda millonaria es una bribona.

– Puedes figurarte lo que quieras. Mejor si te has engañado. Eso será en honor de la imaginación de Dios. ¿Has acabado ya? ¿No tienes necesidad de interrumpirme otra vez?

– No; te escucho.

– Pues sigo.

X

Hubo un momento en que pasó junto á Clara un hombre con disfraz de chino.

Por la abertura de los ojos del cascarón de pasta que aquel hombre llevaba sobre la cabeza, salió un relámpago que fué á reflejar en los ojos de Clara.

El hombre desapareció.

Poco después Clara atravesó el salón y algunas piezas, y fué á sentarse en un gabinete solitario junto á una chimenea encendida.

Allí, sentado en otra butaca, estaba el chino.

A poco espacio trabaron conversación en voz baja el chino y Clara.

Cuando por acaso alguna máscara, mujer ú hombre, asomaban á la puerta y miraban al chino y á Clara, el chino callaba y Clara soltaba una alegre carcajada, tan bien fingida que todos los que la oían hacían este ú otro razonamiento semejante:

– He allí que la hermosa viuda se divierte á costa de un tonto.

Porque todos conocían á Clara y suponían que un hombre que hablaba con ella no podía hablarla de otra cosa que de amor.

Pero la conversación era harto seria y grave.

La risa de Clara, cuando aparecía algún importuno, era, por decirlo así, la careta de aquella conversación.

Hela aquí:

– Y bien, López, – dijo la viuda; – ¿él está ahí? ¿no es verdad? ¿lo he presentido? me ha sobrecogido un momento ese frío agudo, ese temblor profundo que siento cuando está en el mismo lugar en que yo me encuentro.

– Ahí está, – dijo con voz ronca y breve López.

–¿Y de qué sirven, pues, las ofrendas que hago á la santa Virgen de Atocha, los huérfanos que mantengo, los desdichados que socorro, el sacrificio horrible que me impongo de renunciar á lo que ningún ser humano renuncia sin consumar un horrible sacrificio: al amor?

– Ahí está, – repitió con voz más ronca y gutural López.

Y al decir esto López, Clara ahogó un grito, tembló toda, se puso de pie, y se dirigió á la puerta del gabinete.

En ella había aparecido un hombre atlético, con el semblante descarnado, es decir, fuertemente demacrado, con la cabeza afeitada y un solo mechón de cabellos en la parte superior, á la que estaban sujetas tres plumas de bengalí. La tez cobriza de aquel hombre dejaba ver este color únicamente á trechos entre las rayas circulares de diversos colores que matizaban su rostro y sus brazos, y la parte desnuda de sus piernas: llevaba un ropón de una tela tejida de plumas, un collar de gruesas perlas negras, y otro de corales al cuello; una especie de anguarina ó taparrabo del mismo tejido que el ropón; pendiente de la cintura un hacha y un par de pistolas, y cubiertas las piernas con esos botines peculiares de los indios, que se llaman mocasines.

Era una magnífica máscara, un tipo completo de indio; y aquel hombre no tenía careta; aquel hombre, cuando más, había imitado admirablemente los extravagantes dibujos que fijan de una manera indeleble en su piel, cortándola con una concha y rellenando las cortaduras con colores, los jefes indios.

Aquel hombre había fijado una mirada sombría en López y en Clara; los había abarcado en ella, y al levantarse Clara, al adelantar hacia él, había vuelto la espalda, y había, al fin, desaparecido.

Clara volvió junto á la chimenea, se dejó caer sobre la butaca, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

– Estamos delante del mundo, — dijo López con acento breve.

Clara levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas, y se serenó; es decir, compuso su semblante.

—Hoy es el 28 de febrero, – dijo López.

Y entonces su voz cavernosa y ronca parecía venir de la eternidad.

—He hecho un loco gasto, creyendo que la animación, el ruido, la música le ahuyentarían... pero al mediar la noche... como todos los años...

—Peor aún.

—¿Peor?

—¿No ha visto usted una joven que ha entrado sola en el baile? ¿una joven que lleva un magnífico aderezo de perlas negras?

– Sí, sí, la he visto.

–¿Pero la ha visto usted la cara...?

– La boca, el cuello, los hombros... blanca, blanquísima, pelinegra y ojinegra.

—¿Y dice usted que ha venido sola...?

—He preguntado, y Antonio me ha dicho que esa joven ha bajado sola de un carruaje de alquiler.

—¡Oh! pues es necesario, necesario de todo punto averiguar...

—Su aparición ha causado una sensación muy profunda.

En aquel momento el indio atravesó por delante de la puerta, llevando del brazo á la máscara de color de rosa; se detuvieron: él arrojó una mirada tan sombría como la que había arrojado antes á Clara y á López, y la máscara de las perlas negras dejó oir una leve carcajada.

Pasaron.

Por aquella vez no fué una palidez de miedo, sino de irritación la que cubrió el semblante de Clara.

– Esto es ya demasiado, demasiado, – dijo; – no tengo que arrepentirme de lo que he hecho, y hago muy mal en aterrarme, muy mal en sacrificarme. ¡Ah! – exclamó viendo un máscara que apareció en la puerta del gabinete, cubierto con un dominó negro: – ¡Es él! pues bien, estoy resuelta. Déjeme usted sola, López.

– ¡El! ¡él! – murmuró López saliendo: – él es peor que ese terrible fantasma.

Y salió del gabinete.

DESEO VEHEMENTE, cuadro de F. Vinea

XI

El máscara que había aparecido en la puerta del gabinete, adelantó lentamente, se detuvo junto á Clara y apoyó una mano en el respaldo de la butaca en que estaba sentada.

Aquel máscara era el mismo que había entrado en el baile tras la máscara de color de rosa.

Estaba enteramente encubierto.

Por algún tiempo estuvo observando en silencio á Clara.

– Siéntese usted, Sandoval, siéntese usted, – dijo la viuda.

–¿Y si yo no fuera Sandoval?—dijo el máscara fingiendo la voz.

—Siéntese usted, Sandoval. Le he conocido á usted desde el momento en que le he visto, – dijo la hermosa viuda sonriendo tristemente.

– Pues si me ha conocido usted, señora, – dijo el máscara ya con su acento natural y sentándose en la butaca que había dejado vacía López, – doy á usted las gracias.

–¡Las gracias! ¿Y por qué?

– Porque no ha huído usted de mí.

—Yo no huyo de nadie, – dijo con seriedad Clara.

– Dispénseme usted, pero creo tener razones, pruebas, para decir que huye usted de mí, no sé por qué.

– Repito á usted, Sandoval, que se equivoca.

– Nunca la he encontrado á usted en su casa, sino cuando ha estado acompañada de otras personas.

– Habré tenido la desgracia de haber salido cuando usted ha venido á visitarme. Pero conserve usted la careta... se lo suplico, – dijo Clara con viveza viendo que Sandoval iba á descubrirse.

– Como usted quiera, señora, – dijo Sandoval retirando la mano de la careta.—Pero volviendo á nuestra disputa... permítame usted la frase.. repito que tengo pruebas de que usted se me ha negado siempre que ha estado sola.

– Quisiera conocer esas pruebas, – dijo Clara sonriendo.

– A la tercera vez que recibí una negativa, tomé un carruaje de alquiler, le hice parar delante de su casa de usted, con las cortinillas echadas...

–¡Pero eso es indigno, Sandoval!—dijo riendo Clara, risa que la causaba un esfuerzo doloroso; – una emboscada á una dama...

– A una dama harto cruel.

(Continuará)

LAS LUNAS DE MARTE

En libros recientes de Astronomía popular se dice aún que los planetas Mercurio, Venus y MARTE carecen de satélites, y que solamente ostentan lunas que los acompañen en su viaje al rededor del Sol, la TIERRA, JÚPITER, SATURNO, URANO y NEPTUNO.

La Tierra tiene un solo satélite, que es nuestra luna. Júpiter tiene cuatro, que se distinguen con los nombres de *primero*, *segundo*, *tercero* y *cuarto*. Galileo fué el astrónomo que primeramente los percibió en enero de 1610 por medio de uno de sus anteojos; pero se dice que en Siberia hay personas de tal vista que los distinguen sin el auxilio de ningún anteojo. Y como estos satélites, en su marcha orbital, son frecuentemente eclipsados por el planeta, de aquí que los hombres de Siberia capaces de distinguirlos digan que Júpiter come estrellas, que después arroja de sí. Y los eclipses tienen que verificarse con frecuencia suma, porque el satélite primero da una vuelta al rededor de Júpiter en 1 día y 18 ½ horas (poco menos), y el segundo emplea 3 días y casi 13 horas y cuarto; el tercer planeta rodea á Júpiter en 7 días, 3 horas y 43 minutos, y el cuarto en 16 días y algo más de 16 horas y media. Júzguese de la velocidad de estos satélites al rededor de su planeta, considerando que nuestra luna, – aun recorriendo una órbita menor que la del primer satélite de Júpiter, – invierte en dar la vuelta al globo que habitamos 27 días, 7 horas y algo más de 43 minutos (si bien de una lunación á otra, por causa del movimiento de la Tierra al rededor del Sol, pasan 29 días con 12 horas y ¾).

Saturno, además de su portentoso anillo, tiene ocho satélites. El primer satélite descubierto (por Huighens en 1655) fué el que hoy, á contar desde el centro del planeta, ocupa el sexto lugar: sucesivamente y en el mismo siglo descubrió Cassini otros cuatro; y estas lunas, según el modo de distinguir las de Júpiter, fueron llamadas *primera*, *segunda*, *tercera*, *cuarta* y *quinta* en proporción al aumento de sus distancias á Saturno. Guillermo Herschell descubrió otros dos satélites en 1789 que, atendiendo al orden cronológico del descubrimiento, se denominaron sexto y séptimo. Pero tal nomenclatura resultaba absurda, porque los dos satélites de Herschell estaban más cerca de Saturno que el primero de los descubiertos por Cassini. Para salvar el inconveniente de confundir el orden cronológico de los descubrimientos con el orden geométrico de las distancias, propuso Juan Herschell bautizar á los siete satélites entonces conocidos con los nombres de siete de los Titanes, hijos de Urano y de Gaea (ó Titæa, de donde les vino el nombre). En la misma noche, 19 setiembre 1848, Bond, en Cambridge, Estados Unidos, y Lassell en Liverpool, Inglaterra, descubrieron el octavo en el orden cronológico y séptimo en el de las distancias; y, conforme con lo ya propuesto por Juan Herschell, el nuevo satélite recibió el nombre de otro Titán.

Los nombres de los satélites, tiempo de su revolución al rededor de Saturno, y nombre de los descubridores, son como sigue:

	Días	*Horas*	*Mints.*	*Segunds.*	*Astrónomos*
MIMAS		22	37	22,9	G. Herschell en 1789
ENCÉLADO	1	8	53	6,7	» »
TETIS	1	21	18	25,7	Cassini en 1684
DIONE	2	17	41	8,9	» »
RHEA	4	12	25	10,8	» 1672
TITÁN	15	22	41	25,2	Huighens en 1655
HIPERIÓN	22	12 (?)			Bond y Lassell 1848
JAPETO	79	7	53	40,4	Cassini en 1671

He aquí cómo un simple mortal, un astrónomo, Juan Herschell, puso en los cielos á los Titanes; á pesar de haberlos precipitado en el Tártaro el Gran Padre de los Dioses, después de la terrible Titanomaquia, guerra espantosa que duró diez años, de la cual salió triunfante, gracias á las armas que le suministraron los Cíclopes, laboriosos jayanes de un solo ojo en medio de la frente, y á pesar de haber encomendado la custodia de los vencidos á los vigilantes Hecatonqueiros, poderosos gigantes de cien brazos.

Guillermo Herschell, el 13 marzo de 1781 observando la constelación de Géminis, tuvo la suerte (no siempre el 13 ha de ser infausto), tuvo la suerte de percibir una como estrella que parecía muy grande comparada con las estrellas sus vecinas aparentes. Juzgóla al pronto un cometa; pero después (al mes siguiente) ya hubo datos bastantes para considerar como planeta de nuestro sistema solar al tal cuerpo celeste. Guillermo Herschell quiso ponerle nombre, y propuso llamarlo *Georgium Sidus*, estrella de Jorge, en honor de Jorge III, rey de Inglaterra á la sazón; pero los sabios se amotinaron, y ellos, que no hallan inconveniente en elevar hasta el cielo á los titanes, lo encontraron al tratarse de un nombre real. Lalande propuso llamar Herschell al astro, para gloria de su descubridor; pero los nombres de los mortales no prosperaban por entonces en las candidaturas celestes. Lichtenberg quiso que el nuevo planeta fuese Astrea, pero... Astrea, diosa de la Justicia, después de haber vivido en la tierra durante el siglo de oro, se había huído á los cielos, – precisamente cuando hacía más falta, – en cuanto vió que el crimen se entronizaba de la Tierra; y, allá en el Zodíaco, convertida en la constelación de Virgo, se estaba muy tranquila con su balanza en la mano. Poinsinet dijo que el planeta se había de llamar Cibeles. Prosperin dijo que Neptuno; y, cuando ya los astrónomos estaban cansados de negarse á todo, Bode propuso que el planeta de Herschell se llamase Urano; y esta propuesta, aunque no mejor que las demás, fué admitida por unanimidad, como sucede siempre á última hora en el período del cansancio.

Urano, pues, tiene cuatro satélites (Guillermo Herschell creyó haber visto seis); pero esta vez los nombres de tres no salieron directamente de la mitología, sino de las comedias de Shakespeare, *La tempestad* y *Sueño en noche de verbena*. He aquí nombres y períodos de revolución:

	Días	*Horas*	*Minutos*	*Segundos*
ARIEL	2	12	28	48
UMBRIEL	4	3	27	22
TITANIA	8	16	56	31
OBERON	13	11	7	13

Los satélites conocidos hasta antes de 1781 se movían (y se mueven) al rededor de sus planetas en el mismo sentido que los planetas circulan en sus órbitas al rededor del Sol, es decir, en sentido sinistrorsum, ó sea en sentido contrario al de las manillas de un reloj para un espectador que estuviese fuera del mundo allá en el Polo Norte de la eclíptica. Pero he aquí que los satélites de Urano se salen de la regla, y aparecen caminando en sentido retrógrado, como dicen los astrónomos; es decir, en sentido dextrorsum, ó sea como las manillas de un reloj, para el mismo hipotético observador situado allá en el Polo Norte.

Y hay más. Los satélites conocidos hasta 1781 se mueven en elipses coincidentes CASI con el plano de la eclíptica, esto es, con el plano en que circula la Tierra al rededor del Sol; mas los satélites de Urano se mueven, no sólo con movimiento retrógrado, sino en planos casi perpendiculares á la misma eclíptica.

Neptuno es el último planeta descubierto – hace cuarenta años – el 23 setiembre 1846. Fué visto la primera vez por el doctor Galle, de Berlín, en virtud de indicaciones hechas por Leverrier.

Las tablas de Urano, cuidadosamente formadas varias veces, no daban, á los pocos años, cuenta exacta del planeta descubierto por Herschell. Sospechóse que algún otro planeta no conocido aún, introducía perturbaciones en la marcha de Urano; y, con tal sospecha, se emprendieron trabajos de mucho mérito, en Inglaterra por J. C. Adams, y en Francia por Leverrier, calculando, por las perturbaciones, el lugar donde debía hallarse el entonces sólo sospechado planeta perturbador. Adams terminó sus cálculos nueve meses antes que Leverrier; pero en Inglaterra no

GENIO SEPULCRAL, estatua de Hans Peter

se hicieron en todo ese tiempo diligencias para buscar el astro, y la gloria del descubrimiento de Neptuno (que debería haber sido para Adams y para Inglaterra) resultó

para Leverrier y para Francia, á consecuencia de las observaciones del doctor Galle.

Neptuno tiene un satélite que tampoco se mueve, cercano al plano de la eclíptica, pues forma con ella un ángulo de 35° casi: su revolución dura 5 días, 21 horas y 15 minutos.

Todos los planetas, pues, tenían un satélite, ó varios, y solamente constituían una excepción Mercurio, Venus y Marte.

Había dicho Voltaire, dejando correr libremente y sin freno á su imaginación, que el planeta Marte sería un astro muy desairado careciendo de Lunas, como las tienen Júpiter y Saturno; y que, por tanto, debían gravitar nada menos que dos satélites al rededor del desairado planeta.

Los astrónomos rieron de la ocurrencia volteriana, no fundada en ninguna inducción de orden verdaderamente científico; pero en el mes de agosto de 1877 la observación confirmó la ocurrencia humorística de Voltaire. Marte tenía dos lunas efectivamente.

El descubrimiento de las dos lunas de Marte, y la confirmación inmediata, se debe á los astrónomos de los Estados-Unidos de la América del Norte; sin duda porque allí se encuentran los mejores anteojos de moderna construcción.

Asaph Hall, del Observatorio de Washington, descubrió la Luna exterior el 11 de agosto de 1877, y el día 17 vió á las dos. El inmediato día 18 fué confirmado su descubrimiento por varios astrónomos en el mismo Washington; por Alvan Clarke en Cambridgeport, Massachúsetts, y por Pickering en Cambridge, en el mismo Massachúsetts.

GRATA MAÑANA, cuadro de Anton Braith

La Luna exterior fué observada algún tiempo después en París por Paul y Prosper y también en Greenwich y en Parsonstown; pero solamente los astrónomos americanos gozaron del privilegio de ver las dos; porque estas Lunas son cuerpos relativamente tan diminutos que sólo resultan accesibles á los amplificadores de mayor alcance.

Con toda probabilidad el diámetro de estos dos satélites no excede diez y seis veces la distancia de la fuente de la Cibeles á la Puerta del Sol (un kilómetro). La Luna interior dista del planeta Marte 5630 kilómetros, magnitud bastante menor que la distancia desde la superficie de la tierra al centro de nuestro globo. En efecto, el radio de una esfera de igual volumen que el correspondiente á nuestro elipsoide, es de 6370 kilómetros. La Luna exterior de Marte dista de él 19300 kilómetros.

El satélite exterior da una vuelta completa al rededor de Marte en 30 horas y 15 minutos, y el interior en menos de 8; de modo que la Luna interior sale y se pone dos veces en una noche Marcial, puesto que el día de Marte dura 24 horas, 39 minutos y 25 segundos de los nuestros.

De lo dicho resulta que la Luna interior, como que tiene una velocidad orbital tres veces mayor que la diurna de la superficie del planeta, parecerá á los habitantes de Marte, —si los hay,— que sale por Occidente y se pone por Oriente.

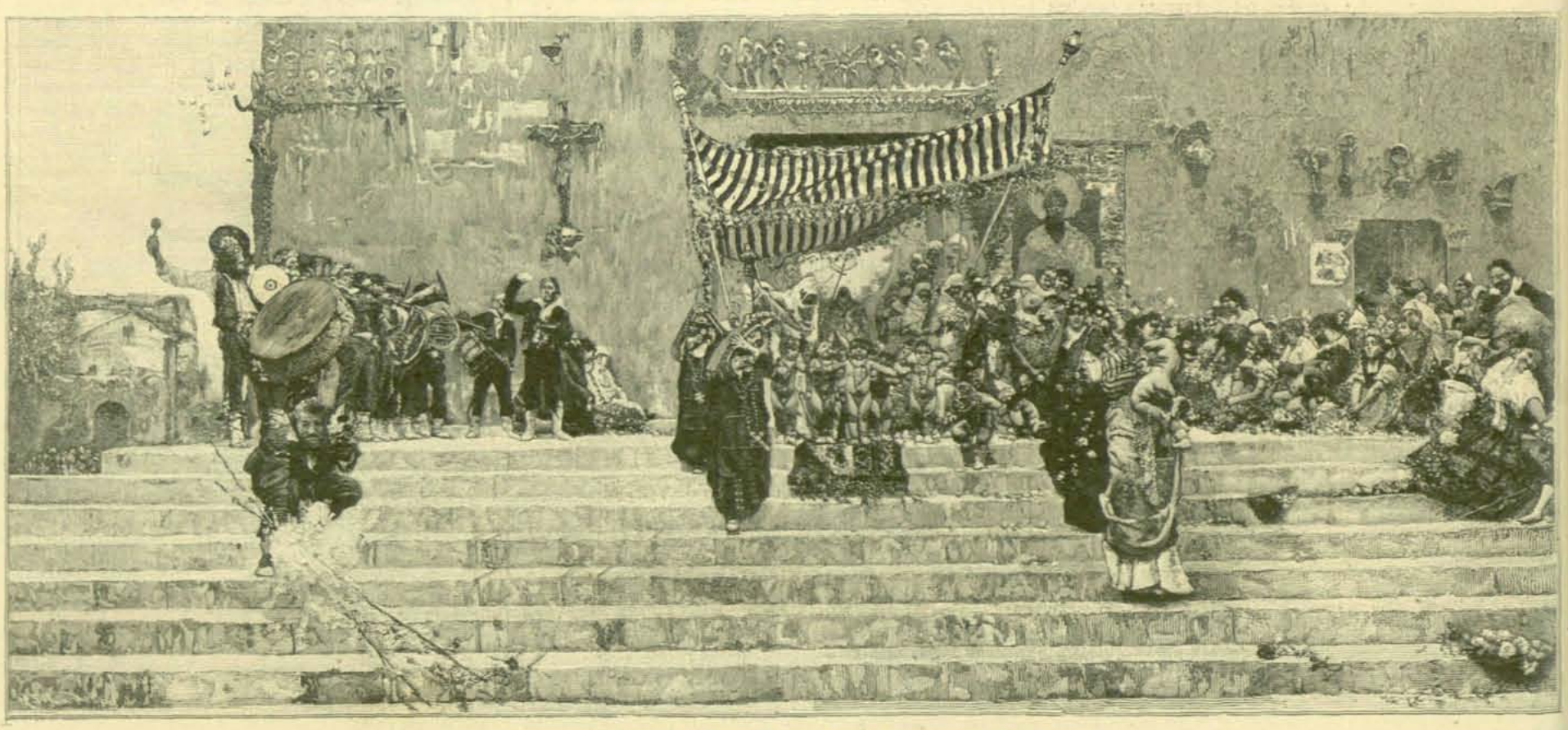
En la *Iliada* de Homero se llama á los caballos de Marte, DEIMÓS y Phobo (Temor y Espanto): el señor Madan, del colegio de Eton en Inglaterra, propuso que se aplicaran estos dos nombres á los satélites recientemente descubiertos; y, habiendo parecido bien la propuesta, los astrónomos llamaron Fobo á la Luna interior y Dimo á la exterior.

Las dos Lunas se mueven casi en el plano del ecuador Marcial.

Sólo, pues, quedan sin satélites Mercurio y Venus.

¿Deberemos decir que no los tienen porque no los hemos visto aún?

E. BENOT



LA PROCESIÓN DEL CORPUS, cuadro de Francisco P. Michetti

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN